

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Leyendas Bíblicas: La serpiente de bronce, por doña Micaela de Silva.—La Fiesta de los Tulipanes, por doña Angela Grassi.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—La Gallina y sus polluelos, por doña Camila Avilés.—GRABADOS: La serpiente de bronce.—Punto de hechicera.

EDUCACION É INSTRUCCION.

DEBERES MÚTUOS.



Sí como no podría existir la sociedad si unos á otros no se dispensaran atenciones, se toleráran defectos, y se respetáran, tampoco existiría la union de la familia sin esa mútua concesion de afectos y deberes que constituyen su mayor encanto. Grandes, inmensos son los deberes de las madres para con sus hijas, pero no son menos grandes é inmensos los de las hijas para con las madres.

No basta dar el sér á los hijos, como no es suficiente al labrador arrojar el trigo á la tierra; pues así como éste tiene que labrarla, y cultivar y guiar la planta, hay que educarlos é instruirlos. Si esto no fuera en las madres un sentimiento innato, seria un deber, base de inesplicables satisfacciones, porque lo son el ser uno autor de la felicidad de otros. Y ¿quién puede mererecerlo con mas razon que los hijos?

Va generalizándose, por desgracia, el entregar á manos mercenarias no solo la instruccion, que esto suele ser necesario, sino hasta la educacion de los hijos, sin considerar que una *institutriz* puede estar perfectamente instruida, y carecer sin embargo de ciertos elementos de educacion, ó de sentimientos que de ella emanan, y mal podrá entonces inculcar en el corazon de sus educandas lo que no está firmemente arraigado en el suyo. Además, nadie puede sustituir el amor de una madre, nadie puede tener su cariñosa paciencia, ni ese interés que impone hasta los mayores sacrificios que se sobrellevan con bondad. Hay indudablemente excepciones, y se ven per-

sonas que reemplazan dignamente á las madres; pero ya lo hemos dicho, son excepciones.

Es, pues, el primero y el principal deber de una madre educar á sus hijos, porque así como la naturaleza la dá el alimento que empiezan á gustar los niños, la concede las dotes que necesita emplear para educarlos. Y ¿quién puede sustituir á una madre al enseñar á una niña á cruzar sus manecitas para dirigir balbuceando la primera oracion á Dios? ¿qué acento puede resonar con mas cariño en el corazon de los hijos?

Si la educacion ha de armonizarse necesariamente con los cuidados físicos, solo las madres pueden atender á esta armonia de tanta trascendencia: solo ellas conocen el desenvolvimiento que necesitan las facultades morales de sus hijos, y hasta qué punto deben atenderse á unas con preferencia á otras. Por esto es tan rudo, ó tan penoso, el trabajo de la educacion, y asusta á algunas madres, que no tienen la suficiente fuerza de voluntad para hacerle frente, y á costa de algun sufrimiento obtener resultados de que han de disfrutar ellas mas que nadie. Así que, la madre que se encarga de la educacion de sus hijos, que vé los progresos que diariamente hacen, experimenta uno de esos placeres sin igual en el mundo, y que es mayor que el del artista que ve terminada la obra que le costó muchos años y muchos desvelos y le da eterno renombre y fama.

Si tal y tan importante es el deber de la madre, no es menor el de la hija; debemos esplicarnos, es aun mayor. La hija empieza por tener gratitud, de que no necesita la madre. Gratitud por haberla dado el sér, y gratitud porque á ella debe la conservacion de su vida, espuesta á cada instante sin los cuidados desvelos, sin la amorosa ansiedad y constante temor de la madre. Hay que agradecer á la madre el vivir por ella, y hay que agradecerla el ser un miembro digno de la sociedad. Si daríamos cuanto poseemos al que arriesga su vida por salvar la nuestra, cuánto no debemos á quien la ha arriesgado tantas

veces! Si la naturaleza no hubiera puesto en nuestro corazón el amor filial, tenía que ponerlo la gratitud, esa cualidad que es mas ofrecida que dada, y que parece penosa por lo mucho que cuesta el tenerla, sin pensar que nada honra tanto.

Así como no podría escribirse exactamente la historia de la mayor parte de los grandes hombres sin referirse á la historia de su madre, de la misma manera no se pueden apreciar las excelentes cualidades de una mujer, separándolas de su madre. Al ver una joven virtuosa y modelo en la sociedad, no hay que dudar de lo que fué su madre. De buena causa no pueden resultar malos efectos.

La madre, á quien tanta honra la es debida por parte de sus hijos, la recibe cumplidamente en el buen comportamiento de estos, que se honran á la vez á sí mismos. De esta manera, los deberes de los hijos para con los padres, son deberes necesarios para consigo mismos, porque nada pueden hacer favorable á los autores de sus días que no sea propicio para ellos. Hay, pues, hasta un egoismo en obrar bien, si en algo se estima el buen concepto y lo que mas debe estimarse en la vida. Piensen las niñas que por mucho que hagan no podrán pagar, por larga que sea su existencia, lo que deben á la madre, y comprenderán que, aunque tengan que imponerse los mayores sacrificios, nunca igualarán á los que por ellas se ha impuesto, y que ni apreciarlos podrá hasta que se halle en el mismo caso. Si solo las madres saben cuánto se ama á los hijos, que las hijas sientan lo que debe amarse á la madre.

A. PIRALA.

LEYENDAS BÍBLICAS.

LA SERPIENTE DE BRONCE.

Grandes fiestas se celebraron en la consagración del Tabernáculo; las doce Tribus de Israel, representadas por sus jefes principales, ofrecieron para los sacrificios reses, aromas, flor de harina y aceite; además de doce vasos de plata, cuyo peso no bajaba de ciento treinta siclos.

Honró el Señor aquel templo dejando oír su voz desde el Propiciatorio, al cual no podían acercarse los profanos. Entre los ancianos de Israel contábanse dos hombres llamados Medad y Elbad; pertenecían estos al número de los setenta jueces elegidos por Moisés para que le ayudaran á desempeñar las cargas del Gobierno. Un día sucedió que no asistieron al Tabernáculo, y no obstante, profetizaron en el campamento.

Un joven fué á decírselo á Moisés, y Josué, llevado del grande amor que á su caudillo profesaba, dióle á entender que debía mostrarse quejoso de que otros ejerciesen sus atribuciones, erijiéndose en profetas.

—¡Ójala que todos lo fueran y se hallaran verdaderamente poseídos del espíritu del Señor! contestóle Moisés con la generosidad propia del hombre que no desea su gloria, sino la de Dios y la de todos sus hermanos; pues no da señales de gran mérito el que ansía lucirle solo, ni es Santo el que no desea que todos se santifiquen.

Con este deseo instó Moisés á Hobal, hermano de Sephora, para que le siguiera, y alcanzara su parte en la herencia prometida; la gloria del justo es conquistar ciudadanos para el cielo.

El Señor, para manifestar de un modo visible la gloria de su Casa, hizo que apareciera el Tabernáculo rodeado de una resplandeciente nube, y esta se cernía en los aires para dar la señal de partida, marcando al mismo tiempo la dirección.

Movióse la nube, y en seguida resonaron por el vasto campamento los argentinos ecos de las trompetas: alzáronse las tiendas, y las legiones abandonaron el desierto de Siná para encaminarse al de Pharam, llevando al frente como guía el Arca Santa de la ley custodiada por la tribu de Leví.

Gozoso caminaba Moisés hacia la tierra deseada, cuando nuevas tribulaciones le afligieron. ¡Dura carga es gobernar á los hombres mal avenidos con la paz y la justicia! Quejáronse los hebreos del hastío que les causaba el maná; pues el pan del cielo no satisface á los hambrientos de goces terrenales, por mas groseros y viles que sean estos, vé ahí porqué decían aquellos hombres: «Nos acordamos de las cebollas, ajos y puerros que de valde comíamos en el Egipto.»

Estas quejas irritaron al Señor, y castigólos saciando su apetito mas allá de lo que pedían. Acaso el mayor castigo del pecador es darle con hartura los bienes que ansía, porque abusa de modo que con ellos mata su espíritu y acaso tambien su cuerpo.

Así les pasó á los sediciosos de Israel; innumerables bandadas de codornices acudieron al campamento, volando casi á flor de tierra, y el que menos pudo recogerlas á centenares por espacio de muchos días, de modo que lograron hartarse hasta el gollote; pero aun paladeaban el sabroso manjar, cuando la electricidad tomó á su cargo ejecutar la sentencia de muerte, y el rayo bajó de improviso á sorprender á los glotones, por lo cual fué llamado aquel sitio el incendio, y tambien el sepulcro de la concupiscencia.

La vanidad es el defecto mas comun en las personas privilegiadas, que por serlo, debieran ser doblemente humildes, puesto que deben al Señor mas gra-

cias que los demas. María, que tantas habia recibido, no supo dominar la suya, y llevando á mal que Sephora, esposa de Moisés, se creyera en cierto modo superior á ella que era su hermana, quejóse amargamente, diciendo:—Acaso habla el Señor únicamente por boca de Moisés? ¿No eres tú profeta como él? repetia dirigiéndose á su hermano Aaron. ¿No soy yo tambien profetisa.

Aun no estaba escrita en el código eterno la sentencia que pronunció Jesucristo, diciendo:—«Todo el que se ensalce será humillado;» pero como la verdad de Dios es eterna, ya estaba en práctica, y María, en castigo de su orgullo, vióse cubierta de una lepra mas blanca que la nieve, y oyó decir al Señor:—«Moisés es mi siervo mas leal.» ¿Cómo te has atrevido á murmurar contra él?..

Afligido Aaron á vista del castigo de su hermana, humillóse ante Moisés suplicando que los perdonase á entrambos, y rogara por María.

No se hizo sordo á la súplica el buen hermano; los corazones grandes se hallan dispuestos á conceder el perdón antes de que se les pida, y con fervorosa plegaria impetró la curación de María. Perdonala, Señor, decia, y atiende al ruego de tu siervo.

No obstante, quiso el Señor que la culpable sufriera un destierro, que duró siete dias, al cabo de los cuales volvió sana, y los israelitas entonces fueron desde Hascroth, donde se hallaban acampados, á fijar sus tiendas en el desierto de Pharam.

Desde allí mandó Moisés á varios hombres elegidos en las doce Tribus, que fueron á explorar la tierra de Canaan, el número y clase de gentes que allí habitaban, y mandóles que trajesen muestras de los frutos que en ella encontraran.

Al cabo de cuarenta dias volvieron los exploradores trayendo frutos deliciosos, como son los granados, los higos, los dátiles y demas regalos que Dios envia sobre la tierra; lo que particularmente admiraron los israelitas fué un racimo de uvas tan grande y hermoso, que fué preciso traerle entre dos hombres; el lugar donde le cogieron fué llamado Nehe-losh, que quiere decir, Torrente del racimo.

Ciertamente que la tierra de Canaan mana leche y miel, decian los exploradores, y de ello dan testimonio los frutos que traemos; pero tambien lo es que se halla defendida por valerosos y robustos pobladores. Allí habitan los hijos de Enoc, raza de gigantes á cuyo lado nosotros parecíamos langostines.

Estas noticias comentadas de boca en boca esparcieron el pánico y aumentaron el descontento de los rebeldes; en vano Josué y Caleb, que habían ido con los otros á explorar el territorio, procuraban atenuar el efecto de aquellas palabras, diciendo:—¿Qué podemos temer? ¿No está Dios con nosotros?

Pero sus compañeros seguían intimidándolos, y provocando á una desobediencia, que pagaron ellos mismos con la vida, pues excepto Josué y Caleb, todos los exploradores murieron en el desierto. Temamos, si nos asustan los trabajos que hay que sufrir para ganar el cielo, que se nos cierre su entrada, y lloremos aunque tarde nuestra cobardía.

Entre los sediciosos distinguíase por su obstinacion Coré, Dathan y Aviron, que no contentos con echarla de jefes, quisieron echarla tambien de Santos, y alabáronse de que todos lo eran, y de que con ellos estaba el Señor. Durísimas reconvenciones dirijieron á Moisés, negándose á obedecerle; todas sus exhortaciones fueron vanas, por lo cual, apelando al juicio del Señor, dijo:—Mucho os engreís, ¡oh hijos de Leví! Tome Coré su incensario, queme cada uno su incienso ante el Señor, y aquel á quien escogiere será el Santo.

Retiráos de los impíos, dijo á la multitud, para que no seais envueltos en su pecado; y habiéndose retirado, salieron fuera Dathan y Aviron con los suyos, y dijo Moisés:—Ahora se verá si obedezco al Señor, ó sois

vosotros sus elegidos. Si estos hombres mueren de muerte natural, no soy el enviado del Señor, mas si la tierra se los traga, ellos son los blasfemos.

Dejó Moisés de hablar, y la tierra se abrió inmediatamente bajo las plantas de los que habian provocado el cisma, quedando para siempre sepultados en el abismo.

No bastó el horroroso escarmiento para corregir al pueblo, antes se sublevó con mas furia diciendo:—Por causa vuestra perecen los elegidos del Señor, y como el tumulto creciese, los dos hermanos se acogieron al abrigo del Tabernáculo.

A esta sedicion siguió la muerte de millares de blasfemos, heridos por el azote de la justicia divina. Aaron, como ministro de paz, tomó el incensario, y con él bendijo el campamento; el humo de los perfumes subió al cielo mezclado con las plegarias del justo, y cesó la horrible mortandad.

Por justa disposicion del cielo mandóse que fue-



La Serpiente de bronce.

sen llevadas al Tabernáculo las varas que como distintivo usaban los jefes ó cabezas de Tribu, grabando en ellas el nombre del jefe y el de su Tribu: las varas eran doce, sin contar la de Aaron, de la Tribu de Leví. El Oráculo había dicho:—«Florece la vara del que yo elija, «y así cesarán las dudas.»

Y aconteció que á la mañana siguiente apareció la vara de Aaron cubierta de hojas, flores y botoncitos, que despues se convirtieron en almendras; por este prodigio visible quedó confirmado en el Sumo Sacerdocio.

Hallábanse los israelitas en el desierto de Sin, cuando murió María, hermana de Moisés, y en aquel lugar fué sepultada.

Nuevos disturbios y rebeliones aflijieron á sus hermanos, que al ver la dureza, la ingratitud y perfidia de aquel pueblo, llegaron á dudar de que les diera el Señor la tierra prometida; y como no es posible dudar un momento de la palabra de Dios, sin ofenderle gravemente, dijo el Señor á Moisés y Aaron.—«Por cuanto no me habeis creído para santificarme ante los hijos de Israel, no introduciré á estos pueblos en la tierra que les daré.»

Así en el momento de llegar al logro y fin de sus deseos, se vieron escluidos de la posesion temporal de aquella tierra porque suspiraban; mas sin quejarse abrazaron la disposicion del cielo, y en él gozan ahora el premio de su resignacion.

Poco despues que María, murió Aaron sobre las alturas del monte Hor, y su muerte fué muy sentida; su hijo Eliezer le sucedió.

En castigo de los pecados de aquel pueblo, pulularon en el desierto las serpientes venenosas, cuya picadura era mortal; arrepentidos acudieron á Moisés implorando su intercesion, y éste hizo una serpiente de bronce, que á guisa de estandarte, mandó poner en un sitio elevado, para que todos la viesan: cuantos arrepentidos la miraban, quedaban sanos, por la fé.

Si quereis saber lo que aquella serpiente significaba, buscad la esplicacion en el *Santo Evangelio*.—En él nos dice Jesucristo:—«Así como Moisés elevó en el desierto la serpiente de bronce, así el Hijo del hombre será elevado, á fin de que el que crea no perezca y alcance la vida eterna.»

Acojámonos, pues, al estandarte glorioso de la cruz, él solo puede guiarnos por el camino de la verdadera civilizacion. La cruz, es el árbol á cuya sombra descansa el peregrino y florece la virtud, cuyo fruto recojen los hombres en el cielo.

MICAELA DE SILVA.

LA FIESTA DE LOS TULIPANES.

Montados sobre briosos corceles árabes, dos viajeros se dirijian en una mañana del mes de Mayo á la coqueta Stambul, que se espeja en dos mares anchurosos, á la altiva Constantinopla, emporio del Asia y de la Europa, que durante mucho tiempo ha impuesto al mundo sus arbitrarias leyes, y ambos contemplaban con suave éxtasis el pintoresco y variado panorama que se iba desarrollando gradualmente ante sus ojos.

Por uu lado el Bósforo, cubierto de una multitud de buques de todas las naciones de la tierra, y de los innumerables caiques, ó barcas turcas, que flotan sobre las aguas suntuosamente empavesados: los dos Promontorios, el uno en frente del otro, sobre los cuales descuellan los faros de Asia y de Europa: el Estrecho, defendido por inespugnables fortalezas que ostentan en sus torres la orgullosa media luna, y por último el puerto, el mas bello y seguro del universo, lleno de animacion, vida y tumulto.

Por el otro la inmensa ciudad, situada sobre siete colinas, que se van elevando insensiblemente y escalonándose en forma de anfiteatro, y cuyas cumbres están coronadas de palacios, de mezquitas y de árboles gigantescos, que dan su sombra á los magestuosos edificios.

Entre estos sobresalen la Mezquita de Santa Sofía, el palacio de los Espejos, el Castillo de las Siete Torres, y por último el Serrallo ó palacio del Sultan, que ocupa el sitio de la antigua Bizancio, y es casi una ciudad, pues encierra en su recinto el palacio del Visir, las habitaciones del gran Señor, el Harém, las Bibliotecas, el Tesoro, las caballerizas y otros muchos edificios, en los cuales reina una magnificencia caprichosa y desordenada.

Este espléndido panorama, este bellissimo conjunto, parecia mas bello á aquella hora, en que el sol levantándose del fondo de las aguas, reflejaba sus primeros rayos en las altas cúpulas, en las torres atrevidas que brillaban como si hubiesen sido de oro.

De repente los ojos del mas jóven y apuesto de los viajeros se apartaron de la mágica perspectiva para fijarse en un cercadito que habia en una pequeña hondonada, cerca del camino. Aquel cercadito ó jardín, estaba lleno de rosas, pero no era su lozania, no era su perfume lo que habia cautivado su atencion. En el centro se elevaba una planta de tulipanes, con cuatro flores abiertas, pero de una belleza tan extraordinaria, de unos matices tan variados, que de seguro en aquel pais, en donde se consagra á las flores un idólatra culto, no habia otra semejante.

El viajero quedó inmóvil, estático, contemplando aquella maravilla.

—Por Alá, dijo, que con esa flor se ha mostrado bien espléndida la naturaleza! Mira Ibraim, qué tallos tan arqueados y graciosos! Mira los pétalos, que parecen otros tantos penachos, y están matizados de púrpura, amatista y oro! Qué portento! qué hermosura! Parece imposible que encierre un tesoro semejante esa casita pobre y solitaria!

—En verdad que nunca he visto una flor tan bella, respondió Ibraim, y el descubrimiento no puede ser mas oportuno, supuesto que mañana es la fiesta de los Tulipanes.

—Saca tu cimitarra y arranca la planta de raíz.

Esta orden fué dada con tono absoluto é imperativo, é Ibraim se apresuró á ejecutarla.

Pero el jardinillo tenia un cercado muy alto.

Ambos vieron la imposibilidad de llevar á cabo su empresa, y echando pié á tierra ataron los caballos á un árbol, descendieron la cuestecita, y entraron en la cabaña, que estaba contigua al jardin.

En ella no habia mas que una jovencilla, casi una niña, ocupada en destilar esa delicada esencia de rosa, de la cual se hace tanto comercio en la costa de Levante.

—Sed bien venidos á la casa de la pobre huérfana Zelima, se apresuró ésta á decir con dulce voz; descansad, mientras voy á coger algunas frutas.

—No, dijo el jóven con ademan imperioso, quiero la planta de tulipanes que crece en tu jardin.

La niña se puso encendida, pero respondió sin vacilar.

—Conozco los deberes de la hospitalidad, y sé cumplirlos; sin embargo, no puedo satisfacer vuestro deseo.

—Si no quieres darla, véndela.

—¡Oh! no se vende, porque no pueden venderse los afectos.

El jóven se encogió de hombros con impaciencia.

—Pide el precio que quieras, dijo haciendo un esfuerzo para contener su cólera creciente.

—No tiene precio.

—Pero desdichada, exclamó el viajero con ímpetu, no sabes que está destinada al Sultan, que él puede destruir tu casa, arrancar tu jardin, segar tu cuello?...

—¡Oh, no, dijo Zelima con un acento lleno de digna firmeza, el Sultan es infinitamente bueno y poderoso, y jamás abusará de su poder en detrimento del pobre.

—El Sultan puede hacer lo que quiere!

—Menos atentar á la justicia.

El jóven se turbó al oirla hablar así. ¡Cosa extraña! Aquella niña, casi fea, en quien apenas habia fijado la atencion, parecia transfigurarse por momentos, ostentando en su rostro esa belleza inmatu-

rial que oscurece á la mas perfecta belleza de la tierra.

—¡Oh, prosiguió la jovencilla con entusiasta acento, no conozco al Sultan, pero sé que debe ser la imágen de Alá sobre la tierra; bueno, compasivo, generoso, padre de los huérfanos, amparo de los que sufren! ¡Cómo á tal le respeto, le venero como á tal!

La turbacion del jóven se iba acrecentando por grados, y sus altivos ojos se fijaron en el suelo.

Ibraim acudió en su socorro.

—Mira, dijo á Zelima con áspero tono, mira que te ruega quien puede obtenerlo por la fuerza! ¿Consientes al fin?

—No puedo consentir....

—Entonces!...

Ibraim se abalanzó hácia la puerta del cercado, pero la niña, rápida como el pensamiento, fué á colocarse delante de ella, y estendiendo las manos, gritó con voz enérgica:

—Antes me arrebatarás la vida!

El jóven hizo una seña á Ibraim para que desistiese de su intento, y exclamó dirigiéndose á Zelima.

—¿Por qué te obstinas en conservar esa planta?

—¿Por qué? balbuceó la niña, porque en ella se encierra la historia de mi existencia! Porque ella representa para mí, padre, madre, hermanos y familia!... Cuando la brisa, al morir el día, suspira entre sus hojas, me parece que son los suspiros de los que me dieron la vida y ahora duermen en la tumba!... Cuando nace la aurora y encuentro sus pétalos cargados de gotas de rocío, me parece que son las lágrimas que ellos vierten por mi pobreza y mi abandono!...

Mi padre en mejores tiempos compró esa planta maravillosa á un sábio Armenio... Cuántas veces le he visto siendo niña inclinado sobre ella, fertilizándola con abundante riego, defendiéndola de los insectos que invadian su tronco! Estaba tan orgulloso con poseerla! La amaba casi tanto como á mí! Ay, que él fué el primero en ir á llamar á las puertas del Edén eterno!... Mi madre le adoraba: quiso seguirle, le siguió!... Las horas que precedieron á su muerte las pasó llorando sobre esa planta querida!

—Mira! me dijo al reclinarse su cabeza moribunda sobre mi seno, cuida mucho de esa flor!... Sea para tí el símbolo de la flor de la virtud, y júrame que no te separarás de ella jamás....

Murió... ¿Os parece que puedo vender esa planta que ha crecido al calor de los besos de mi padre, que se ha fertilizado con las lágrimas de mi madre, y que ambos me legaron como un precioso emblema!

Todo esto habia sido dicho con tan infantil abandono, con tan candorosa sencillez, que los dos viajeros se sintieron conmovidos.

—¡Qué Alá te guarde! dijo el mas jóven, y saliendo precipitadamente de la estancia, se abalanzó sobre el caballo y partió al galope.

Á la mañana siguiente todo era fiesta en Constantinopla: el profundo silencio que suele reinar en sus calles, pues no le interrumpe el ruido de los carruajes, que allí no se conocen, ni las voces de los transeúntes que son poco sociables, había sido reemplazado aquel día por cantos tumultuosos y gritos entusiastas.

El pueblo se dirigía en tropel al Serrallo, pero en vez de entrar por la *Sublime Puerta*, que á pesar de su retumbante nombre es de una construcción muy tosca, se deslizaba á lo largo de los altos muros, para ir á buscar la puerta de *Felicidad*, que da entrada á los jardines.

Es que allí se celebraba la fiesta de las Flores; fiesta sencilla y voluptuosa, como las divinidades á que se consagra, y que se celebra todos los años á la entrada de la primavera.

¡Nada tan bello como el golpe de vista que ofrecen en esa época los dilatados jardines, revestidos de todas sus galas, ostentando las flores mas bellas y delicadas! ¡Nada tan grato como el conjunto de aquellos árboles frondosos, de aquellas lozanas plantas, mecidas suavemente por las plácidas brisas de Mayo!

En su centro se alzaban inmensas graderías, en forma de anfiteatro y dispuestas en semicírculo. Estas graderías estaban cubiertas de magníficas alfombras, y sobre ellas se veían innumerables vasos de cristal, colocados con arte y simetría. Cada vaso ostentaba un magnífico tulipán, rivalizando todos entre sí por la belleza de los matices, por lo gracioso de la forma.

Imposible es pintar el éxtasis de aquel pueblo tan amante de las flores al contemplar esta flor espléndida, maravilla de la naturaleza, reina de la Primavera!

En ese día para completar el encanto de los pintorescos kioscos, de los deliciosos bosquecillos, se exhalan dulces notas, que descienden de los árboles, y meciéndose en los aires van á espirar aquí y allá en suaves ecos, en casi apagadas melodías.

Esquisitos perfumes arden en preciosos braseros, y un ligero vapor de agua de rosa se esparce por el ambiente, cayendo despues en lluvia imperceptible...

Entonces se abren las puertas del Harém, y las odaliscas salen á compartir el triunfo de la belleza voluptuosa con las flores sus hermanas!... Entonces el Sultan abandona con gran pompa sus habitaciones, seguido de toda la corte, y viene á presidir la fiesta y á recibir de las manos de las encantadoras Hurís los tulipanes mas bellos y variados.

Pero aquel día el Sultan estaba pensativo y ca-

bizbajo, y á cada flor que le ofrecían movía tristemente la cabeza.

Se ocultó el sol... brilló la luna....

El viajero del día anterior, montado en su caballo árabe, se dirigía á la casita solitaria. Le acompañaban muchos Emires, le seguían infinitos esclavos, que conducían camellos cargados de presentes.

Zelima no dormía.... Zelima era pobre y vivía de su comercio á costa de mil vigiliás.

El viajero se adelantó á todos, llamó... entró....

—En cambio de tu hermoso tulipán la dijo, quieres recibir el título de mi esposa?

¡Oh, entonces si que las mejillas de Zelima se convirtieron en dos rosas, mas encendidas que las que ostentaba su jardín! Plegó las manos, dobló casi las rodillas...

—Quieres? repitió el jóven con transporte. ¡Has guardado con fé y constancia la flor que te legaron tus padres, la flor emblema de virtud! Si quieres, mañana será nuestra!

—Oh! exclamó la jovencilla casi hablando consigo misma, ¡bien sabía yo que Alá obraría un portentoso! qué las sombras de mis padres te harían encontrar otra vez el camino de mi casa!

—Pues ven á reinar sobre mi corazón y sobre Stambul, exclamó el jóven, porque yo soy el Sultan Mahometo IV.

Dió un grito: aparecieron los Emires, aparecieron los esclavos, arrastrando en pos de sí á los camellos, abrumados con su carga....

Zelima vió que deponían á sus piés ricas telas, bellas joyas... ¡Era pobre, era mujer, y no miró nada de esto!

—Yo quiero tu amor tan solo! dijo fijando en el jóven sus ojos llenos de dulces lágrimas...

Se ocultó la luna.... brilló el sol....

Brilló el sol, iluminando en los jardines el mágico cuadro de la víspera.

Pero todos los tulipanes parecían descoloridos al lado del tulipán hermoso de Zelima, todas las odaliscas parecían feas al lado de Zelima, en cuyo semblante se reflejaba la luz pura del alma, en cuyas sienes brillaba la aureola de la virtud!...

Mahometo dejó desde aquel instante de seguir las sangrientas huellas de sus antecesores. Su reinado fué próspero y glorioso, y realizó los votos de su tierna compañera, siendo el guardian de la justicia, el padre de los huérfanos, el amparo de los desvalidos!

¡Conservad ávidamente la flor de la virtud, niñas queridas! Zelima conquistó con ella un trono espléndido en la tierra, un trono inefable en la patria de los justos!

ANGELA GRASSI.

LABORES.

El tegido de *punto de aguja* que acompaña á este número es llamado con justicia punto de *hechicera*, pues demuestra el efecto mágico de este tejido ejecutado á la par con estambre de dos colores, formando el uno una red sobre el otro, como representa el grabado.

Se ejecuta con estambre como queda dicho de dos colores, supongamos blanco y azul, y dos agujas de madera, teniendo necesidad de cortar la hebra al final de cada vuelta, pudiendo por esto mismo dejar fleco al tiempo que se ejecuta, si el objeto á que se destina lo requiere.

Se ponen en la primera aguja tantos puntos como ancho se desee para la labor.

1.^a *Vuelta*.—Estambre azul. *1 p. sin hacer, tomado al revés, 1 trab., 1 meg. del rev. * Se repite de señal á señal.

2.^a—*Estambre blanco*. Todos los puntos del revés pasando sin hacer todas las trabillas.

3.^a—1 meng. del rev., 1 punto sin hacer, tomado al revés, 1 trab.*

4.^a—Como la segunda.

Y así sucesivamente se repite hasta dar al tejido la estension necesaria.

Esta labor es muy á propósito para sobre-camas, edredones, sacos de viaje, abrigos de niños, y demas objetos de punto, tan necesarios en la vida doméstica.

JOAQUINA G. BALMASEDA.



LA GALLINA Y SUS POLLUELOS.

Un honrado y pobre zapatero quedóse viudo con una hija de pocos años, y vivía con ella en la última casa del barrio de Chamberí, es decir, casi en el campo.

Luisa, que así se llamaba la hija del zapatero, no había ido á la escuela, ignoraba todo cuanto enseñan los maestros y el trato del mundo; pero en cambio hablaba poco, reflexionaba mucho, y fijaba su atención en cosas que para otros pasan desapercibidas, y eso que instruyen mas que los libros.

Hija y padre tenían por comensal y compañera de habitación una gallina, que andaba siempre picoteando las migas y los cabos que hallaba por el suelo.

Sucedió, pues, que la tal gallina puso un huevo en una cesta que tenía por cama, y estúvose allí quietecita; notólo el zapatero, y puso catorce huevos mas en aquel nido.

—Padre, dijo la niña, ¿está enferma la gallina?

—Enferma, no por cierto, respondióla su padre; pero está clueca.

—Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir, que dentro de tres semanas, si Dios quiere, tendremos quince pollos. ¿Ves esos quince huevos? pues dentro de cada uno se formará un pollito muy cuco; la madre lo que hace ahora es darles calor y vida.

Luisa no sabía qué pensar; por una parte creía en las palabras de su buen padre, que nunca la engañaba, por otra decía: ¿Cómo se ha de formar un pollo dentro de un huevo? y dado que se forme, cómo se las compondrá el animalito para salir de una prision en la que no hay puerta, ventana ó rendija? ¡Pobrecitos! añadía entre sí, dentro del huevo no hallarán luz, ni aire, ni podrán moverse. ¿Cómo han de vivir así? Y la niña suspiraba porque no tenía conocimien-

to de las maravillas que obra Dios en sus criaturas.

Trascurrieron tres semanas sin que la gallina dejase los huevos enfriarse; pasábase los días acostada encima para calentarlos suavemente, solo cuando el hambre la obligaba, salía de la cesta, sacudía las alas como para desperezarse, estiraba una y otra pata, comía de prisa y corriendo algunas echaduras, y volvíase á su nido. Mas una mañana vió Luisa que la clueca se ahuecaba y removía los huevos con el pico; uno tenía un agujerito muy pequeño, picoteábale con precaución, y así estuvo hasta que logró abrirle, oyóse un pío, pío, y salió á relucir un pollito tamaño como un gorrion, y amarillo como un canario; piaba, y esforzábale para tenerse derecho sobre sus débiles patitas.

La gallina le saludó con un cocleo tan suave como el arrullo de una madre; levantó el ala, y metió al recién nacido debajo de sus plumas; después continuó su faena, y poco á poco fué sacando á cada pollo de su cascaron, hasta que salieron todos quince, y todos cupieron bajo las alas de su cariñosa madre, que procuraba ensancharlas para dar abrigo á todos por igual.

Llegó la hora de comer: Luisa trajo algunos puñaditos de grano y los arrojó por el suelo; levantóse la gallina, y sus polluelos comenzaron á rebullir y píar, saltando como pajaritos; mientras su mamá repetía cloc, cloc, cloc, poniéndoles á la vista los granillos menudos, como si así quisiera decirles: Comed, hijitos, comed; y los pollos sin hacerse de rogar, complacieron á su cariñosa madre.

Luisa no se cansaba de mirarlos. ¡Eran tan monitos! tan vivarachos!

Para zaherir á las personas cobardes, las llamamos *gallinas*; pero las gallinas, tan medrosas de suyo, se vuelven muy valientes para defender á sus hijos mientras son pequeños. ¡Pobre del gato, si se le hubiera ocurrido echarles la zarpa! ¡Capaz era la gallina de sacarle los ojos!

A los ocho días la madre y los hijos andaban de aquí para allí por el campo buscando lombrices; era de ver con qué ligereza escarbaban la tierra con sus patitas: y con qué gusto se engullían los gusanillos sin hacer ascos á tan sabroso manjar!

Por cuanto no fué á dar la gallina con un hormiguero, y al ver la caza empezó á cloquear llamando á los pequeños, como si dijera: «Venid, venid, aquí hay pasto abundante,» y todos rodearon á su madre, y comenzaron á regalarle á costa de las pobres hormigas, que no sabían dónde meterse para librarse de aquellos glotoncillos.

En esto comenzó á llover, y la gallina corrió á guarecerse debajo de un árbol, repitiendo su consabido cloc, cloc; al oirla, los chiquitines corrieron á meterse debajo de sus alas, y allí permanecieron quietecitos mientras duró la lluvia; cuando esta ce-

só, los pollos salieron muy enjutos y muy listos, y la madre se puso á sacudir las alas para secarlas.

Luisa, que todo lo había estado observando, no se cansaba de admirar el instinto de aquellos animales.

De improviso la gallina lanzó un grito de alarma, y los chiquitillos, lejos de acudir al lado de su madre, dispersáronse y corrieron á meterse cada uno en donde pudo, cuál en el hueco de un árbol, cuál en un surco de la tierra, cual debajo de un madero.

Luisa no sabía porqué los pollitos huían de su madre, pero vió como ésta torcía el pescuezo y miraba con ojo avizor hácia el espacio: miró Luisa, y vió que se cernía en el aire un ave de rapiña, que no era bastante fuerte para emprenderla con la gallina, y por las señas, tenía gana de merendarse un par de pollos; subía y bajaba el vuelo, como acechando la presa, pero la presa tenía muy buen cuidado de hacerse invisible.

De vez en cuando la gallina daba un grito de alerta, como para decir. ¡Cuidado, que andan moros en la costa! y los polluelos, que debían entenderla, ni siquiera rebullían.

Por último, el ave rapaz cansóse de dar vueltas en el aire, y fuese á buscar su avío en otro lado; entonces la gallina volvió á repetir su cloc, cloc, y cada pollo salió de su escondite.

—Vamos! está visto que los animales hablan y se comprenden unos á otros! exclamó Luisa en alta voz, aunque se creía sola con su alada familia.

Pero no estaba sola, un señor cura, de fisonomía bondadosa y respetable, había estado como ella observándolo todo.

—Hija mia, dijo acercándose á Luisa, Dios que ha dado al hombre la palabra, también ha dotado á los animales de una voz para espresarse á su manera y dar á conocer sus necesidades, sus temores y deseos; con ella entiéndense los unos á los otros, cada cual en su especie, y se ayudan recíprocamente, dando ejemplo á los hombres, que á fuerza de tanto hablar, concluyen por no entenderse.

Dios es justo, previsor, misericordioso, á cada sér ha dotado del instinto de su conservación y de la facultad de atender á sus necesidades.

¡Pluguiera al cielo, añadió suspirando, que los hombres á quienes ha dotado de razón y de conciencia, hiciesen de sus preciosos dones un uso tan prudente como el que saben hacer de su admirable instinto la gallina y sus polluelos!

CAMILA AVILÉS.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.